

En la Playa

DESDE NEGROS

No se equivocó el tío Antón cuando me aseguró que Inés, al despedirse de los trabajadores, había de llorar. y con sus lágrimas había de contagiar a todos. La conmovedora escena que ha tenido lugar hoy, dos de Octubre, a las siete de la mañana, me ha demostrado que el buen anciano estaba en lo cierto, y nada exageró en sus predicciones.

Bien convencido estaba yo del franco y leal cariño que estas buenas gentes del campo profesan a Inés, pero confieso que ese cariño es más intenso de lo que yo suponía.

Los autos estaban preparados a las siete a. m., hora fijada para la marcha de Inés. Pero una hora antes, a las seis, habían ya llegado los trabajadores de la hacienda, que venían a despedir a la señorita, como todos la llaman. No eran solos los nobles y honrados campesinos. Allí estaban las mujeres, incluso las más ancianas; y con ellas los niños, aseaditos, limpios, con sus mejores ropitas; pues todo se lo merece la señorita, como me decía una pobre octogenaria.

Desde el balcón he contemplado a esos sencillos hijos del campo, cuyos rostros reflejaban la pena y aflicción que sentían en sus agradecidos corazones. Su silencio, tan profundo como elocuente y expresivo, me ha conmovido. No sé si por curiosidad, por simpatía, o por afinidad de sentimientos he bajado, mientras Inés se preparaba.

Sentada en el umbral de la puerta estaba la anciana octogenaria. Al verme ha querido levantarse, pero no se lo he permitido. ¡Cuán cierto es que también estas sencillas gentes saben practicar una educación más sincera, más cordial, más íntima y respetuosa, que esa otra educación fría, glacial, oficiosa y mentida del gran mundo!

—Ya vé usted, señorito—me dice la pobre anciana con tono de aflicción— ¡qué desgracia! ¡marcharse la señorita!... ¡Tanto como la queremos todos!... Si no ha de encontrar en ningún sitio quien la quiera tanto... Ayer lo supimos yo y mi hija Ramona, que no ha podido venir porque ayer mismo dió a luz. ¡Si viera usted cuánto ha sentido no venir! Aún quería levantarse, y salir. Eso que se lo prohibió anoche la señorita.

—¡Cómo! ¡Inés estuvo anoche con ustedes? Hasta la tarde no salió de casa y dijo que iba a dar un paseo por la playa.

—Pues estuvo en mi casa anoche; sí, señor. Apenas supo que mi hija había

dado a luz, se presentó en casa, como lo hace con todas. Y lo de siempre. Trajo los vestiditos para el niño, y otras cosillas para nosotros. Estuvo hablándonos con un cariño... En esto llega Lorenzo, que es mi yerno el trabajador más alto y más fuerte de toda la hacienda. Mírelo usted: allí está junto al carro de aquella pared. Ya vé qué buen mozo, qué brazos tiene. Da gusto verlo trabajar. El otro día, al cargar un carro...

—Bueno: pero, ¿qué pasó al llegar Lorenzo a casa?

—¡Jesús, qué cabeza! Ya me había olvidado de lo que estaba contando. Pues verá usted. Al entrar Lorenzo, le dice la señorita:—Toma, Lorenzo: para que veas que también me acuerdo de tí— Y le dió un puñado de tabaco.

¡Cómo no hemos de querer a ese angel de Dios! Si no puede ser que haya otra como ella en el mundo! No se olvidó de nadie: ni de los trabajadores, ni de nosotras, ni de los niños... ¡Y lo dá todo con un cariño, y un corazón!... Bien: pues al marcharse, cogió la mano de mi hija Ramona, y le dió la limosna. Porque ya sabrá usted que el dinero es lo último que dá. Siempre lo dá cuando se marcha. No quiere ni que le demos las gracias. ¡Qué corazón!

Y entonces, señorito, entonces mismo nos dijo desde la puerta:—Yá os habrá dicho Lorenzo que mañana salgo para vivir con mi esposo Lucio en la otra hacienda. Adiós a todos. Y tí, Ramona, no salgas hasta que no estés bien. Adiós...

Quisimos contestarle, pero como si no. Yá había desaparecido. Mi pobre hija le gritó llorando desde la cama: ¡Señorita Inés! ¡Por Dios!... Tan pronto!... ¡mañana!... Gracias por todo... ¡Adiós, señorita, adiós...

¡Qué rato tan malo pasamos al saber esa noticia tan triste! Hasta el mismo Lorenzo que tiene mucha serenidad, estaba con una cara que daba compasión. Eso que lo sabía yá. ¡Pobres trabajadores! Yá vé usted cómo están; todos tristes, y sin hablar... ¡Y estos angelitos de Dios!... Porque todos, señorito, todos cuando nacieron, recibieron las primeras ropitas de manos de la señorita. Y después... qué sé yo. Ella ha hecho de maestra, enseñándoles todo lo que saben, y dándoles dulces y juguetes y de todo. Así es que no la dejan, cuando la ven. ¡Pobres criaturas ¡Cuánto van a llorar al ver marchar a Inesita, como la llaman todos los chiquillos! ¡Por qué no dice usted a la señorita...

La anciana calla de repente, y se levanta al ver que baja Inés acompañada de su amiga y cuñada Clarita. Sienten detrás Ysaac y Lucio, mas cuatro jóvenes de Saravia y Talisay. Quien no aparece por parte alguna es el tío Antón. Ya me dijo que no se atrevía a presenciar el acto de la despedida, y cumple su palabra.

Inés se adelanta queriendo sonreír; pero la sonrisa dibujada en el borde de sus labios, le cuesta esfuerzos gigantescos. Mejor que en la sonrisa, aparece su corazón en su rostro descolorido, y en sus ojos, que se humedecen por momentos, a pesar de lo que lucha por mostrarse tranquila.

Habla a los trabajadores con dulzura, a media voz; pero no puede terminar las frases. Se lo impide la emoción, de la que todos participamos. Un anciano se adelanta, y le dice en nombre de todos: —¡Adiós, señorita Inés! Vuelva usted pronto por aquí, que la queremos todos mucho.—Y el buen campesino se ha limpiado los ojos con su callosa mano.

Inés, emocionadísima, quiere hablar a las mujeres. Imposible. Al acercarse a ellas, un grupo de niños, dejando a sus madres, corren y se abrazan a sus faldas diciéndole: ¡Inesita, Inesita, no te vayas!... ¡Aquí, aquí, con nosotros!— ¡Pobres criaturas! Cómo saben expresar su gratitud a esa mujer ideal, que las ha colmado siempre de halagos y caricias!

Es un momento de ternura y emoción indescriptibles. Inés no habla; llora, besando a los niños con efusión. Ysaac no puede resistir, y entra en el auto. Su esposa Clarita hace lo mismo, con el pañuelo en los ojos.

Lucio, sobreponiéndose a la emoción, y entusiasmado ante la demostración de cariño que recibe su esposa, dice a todos: ¡Adiós! Buen ánimo y no apurarse. Inés vendrá aquí mañana, y pasado, y al otro, y todos los días. ¡Adiós! Y tomando a Inés del brazo suben al auto, que arranca veloz, carretera adelante seguido de los otros dos. Hombres y mujeres agitan sombreros y pañuelos, fija la vista en el auto de Inés, que no cesa de saludar con su pañuelo, hasta perderse de vista.

¿Y el tío Antón?... He preguntado si había salido de casa, y me han dicho que nó; porque el "moreno" estaba en la cuadra, y nunca sale el tío Antón sin su caballo.

A la cuadra me he dirigido; y allí, en un rinconcito, junto al "moreno", estaba el buen Antón sentado, triste y abatido.

—¡Pero, hombre, tío Antón; vaya un

ánimo que tiene usted! Acurrucado aquí, mientras Inés se despedía de la gente!

—¿Se ha marchado ya?—me preguntaba—

—Sí, hombre, sí. Ya no se ven los autos.

—Bueno; dí lo que quieras. Pero ya sabes que te dije que yo no tenía pecho para verla despedirse de la gente.

—Está bien; pero siquiera un momento para decirle adiós.

—¡Toma! ¿Pero piensas que no me he despedido? Ya se ve que no sabes quién es Inés y el tío Antón. Pues para

que veas. Ella misma ha venido a buscarme aquí, antes de despedirse de la gente. Eso sí: la pobre estaba triste y apenas si le he oído cuando me ha dicho adios. No sabe nadie lo mucho que quiere Inés al tío Antón... Pero bueno: y tú ¿por qué no has ido con ellos?

—Anoche y esta mañana, al salir, se ha empeñado Inés en que fuese Isaac quería obligarme; pero a los dos les he dicho que me parecía mejor esperar un día más. Mañana se marchan esos cuatro jóvenes a Saravia y Talisay, y pasado mañana iré. Me ha parecido esto lo

mejor. Así estaremos: solos los tres de casa.

—Bien pensado; y ahora vamos arriba que aún no he probado nada, y son las ocho.

He seguido al tío Antón; y rebosando satisfacción me decía al subir, que cuando se marchan Isaac e Inés, a él le entregan las llaves, quedando dueño de la casa.

—¡Ya ves si me quieren, y si tienen confianza en el tío Antón!—dice con legítimo orgullo sentándose a la mesa.—

EL SOLITARIO.

GOBIERNO DE LAS ISLAS FILIPINAS

Departamento de Comercio y Comunicaciones

BUREAU DE CORREOS

RELACION DE PROPIEDAD, ADMINISTRACION, CIRCULACION, ETC.

(Requerida por la Ley N.º 2580 de la Legislatura Filipina).

Título de la publicación ESTUDIO

Periodo de expedición SEMANALMENTE.

Dirección postal: Apartado 1659

Nombre del.....

Director ALEJANDRO DE ABOITIZ

Director gerente ALEJANDRO DE ABOITIZ

Administrador VICENTE AGAN

Editor ALEJANDRO DE ABOITIZ

Dueños o tenedores de acciones al 1 por ciento o más de capital, bonos u otros valores:

ALEJANDRO DE ABOITIZ Y VICENTE AGAN

Tenedores de obligaciones, acreedores hipotecarios u otros tenedores de valores al 1 por ciento o más del valor total: (Si no existen obligaciones pendientes, manifiéstese así. Dese la naturaleza de la obligación).

ESTUDIO no tiene ninguna obligación ni gravamen.

Número medio diario de ejemplares vendidos y distribuidos a suscritos pagados durante el mes precedente. (Se contestará solamente si el periódico es diario.)

Firma A. DE ABOITIZ Y PÍNAGA

Capacidad del declarante

Director gerente

Cédula No. F—29708 expedida en Manila 27 de febrero de 1923.

Suscrito y jurado ante mí hoy 1 de octubre de 1923.

JOSE Ma. CAVANNA.

Notario Público

Mi nombramiento expira el 31 de diciembre de 1924.